

Me gusta haber encontrado San Carlos Borromeo. Y en esa satisfacción hay un 10% de alegría por haber bautizado a mi hijo en ella y un 90 % de sensaciones mezcladas pero claras.

Me acostumbré a la Iglesia que tenemos los creyentes. La Iglesia poderosa, jerárquica y llena de mandatos. Me acostumbré a que en ella siempre me explicaran en un tono conciliador y susurrante que era todo aquello que no podía hacer si quería no ser pecadora. Me acostumbré a esperar lo que había en sus misas: microfónica con sonido nítido, bancos que perfumaban el templo de olor a madera, homilías abstractas que siempre me hacían pensar mucho mucho para ver si lo comprendía (y muchos esfuerzos por mi parte para obviar la pregunta interna de "¿y esto para que sirve?"). Me acostumbré a acercarme a los párrocos sonriendo y hablando muy bajito con un tono muy muy humilde. Que notaran que realmente era una sierva. Me acostumbré a quedar bien con los curas y las monjas y a caerles bien.

Me acostumbré a todo eso. Y cuando digo que me acostumbré me refiero a que ya formaba parte de mi. No cuestionaba ya que hubiera otra iglesia que no fuera la que está pringando en guerras y países empobrecidos. Me acostumbré a la iglesia que tenemos en el primer mundo.

Y también me acostumbré a serme sincera y saber que no me gustaba. Y por el camino, qué pena, dejó de gustarme ir a misa. Todo sucedió lento, sin ruidos, poco a poco. El tan manido "creo en Dios pero no en la Iglesia" se quedó en mi. Y yo les hablaba a mis hijos sobre la Iglesia y sus mandatos con muy poquito entusiasmo. Y los niños pillan todo al vuelo.

Por accidente y buscando solución a algo muy sencillo llegué a un lugar. Un lugar "pintarrajeado", como dice mi madre. Llegué a la parroquia de Entrevías. Y allí me dijeron que podría bautizar a mi hijo. La historia de por qué me lo negaban casi el 100% de las parroquias es larga y digna de hacer un cómic otro día.

Mi hijo está por fin bautizado, la ceremonia ha sido bonita y alegre. Como debe ser un bautizo. Pero el bautizo es lo de menos.

Me he sorprendido volviendo a sentir que Dios me quiere. No soy una mística que siempre esté pensando que es una pecadora y que merece el castigo divino. Nunca me pasó eso. Pero es que de

tanto oír "no hagas", "no debes", "cuando te pase esto no se te ocurra hacer aquello", "no pienses eso" se te olvida lo más importante, se te olvida todo lo bueno que haces día tras día.

Creí que se me daría bien escribir lo que he descubierto en San Carlos Borromeo y en la gente que les visita. Me siento cursi, pero es que lo que sentí era que entraba en la casa de Dios. Y eso destapó precisamente el problema: es que la Iglesia es la casa de Dios y, por tanto, tu casa. Y tu casa es ese sitio donde puedes hablar de tus peores defectos, de tus problemas reales, de tus sufrimientos. Porque allí hay gente que no lleva máscara. Levantan la mano y te plantan en algo cosas por las que la gente paga meses de terapia psicológica. La gente de Entrevías es a bocajarro para todo, para lo malo y para lo bueno. Y en esos sitios yo me siento como en mi casa. Y hacía tantos años que no sentía la Iglesia como la casa de Dios. Que me acostumbré a que Dios no estaba ya en la Iglesia.

Aquí no hay hipocresía ni modales forzados. La gente se sienta en el banco con comodidad, la gente habla, ríe, se cabrea, la gente va a comulgar cantando con sonrisas, y no con mano sobre mano avanzando lentamente. Mi hijo se acerca al altar porque ha visto pan, y lo quiere, y se acerca y le dejan coger pan.

No he oído ni una sola vez: no hagamos o no podemos. Pero sí he oído "hagamos esto y seremos mejores", "recemos, pero también ayudemos". Y esa es la madre de los corderos, que también he dejado de pensar en mi ombligo... (eso da para otra carta).

Bah...esta carta me está saliendo fatal. Yo lo que siento ahí es que Dios nos quiere mucho mucho mucho a todos, como un padre, como el mejor padre. Y eso, que estaba en todos los catecismos, hacía mucho que no lo sentía. Y no sé si por empatía, allí también se siente el cariño de la gente, unos con otros, en familia. Gente a la que le adivinas los problemas casi desde el Meteosat y te lanzan una sonrisa desde el último banco que te llena entera.!!!! Eso no pasa en las misas a las que yo iba!!!.

Señores obispos que no van a leer esta carta. Qué pena lo equivocados que están, o qué inteligentes están siendo, claro. Todo depende de sus objetivos marcados. Pero si sus objetivos son los de, como dicen, perpetuar la Iglesia y el mensaje de Cristo, creo que no lo hacen bien si con sus maneras y sus dictámenes, sus peldaños tan altos, sus mitras, su cuerpo místico de Cristo y su lejanía, lo que consiguen es que a personas como yo se nos olvide que la Iglesia es

la casa de Dios y del pueblo que le necesita. Y piénsenlo, yo a mis hijos les transmitía muy poco entusiasmo en la educación religiosa, porque se me había ido, porque muy pocas veces les veo a ustedes al lado del que sufre (salvo si su sufrimiento es místico o roza el éxtasis doloroso, claro)...eso, precisamente, no es buena señal para la perpetuidad.

Me gusta recuperar lo que se me había perdido por dentro y que mis hijos me encuentren buscando en el calendario qué días no viajamos fuera de Madrid para así poder ir a San Carlos Borromeo.

Piedad Villalobos Escalera
19-11-2012